

Entrevista con una mariposa inteligente

Mariana Frenk, *Mariposa, eternidad de lo efímero*, México, Porrúa, 2003.

En la *Entrevista con una mariposa inteligente*, Mariana escribe:

¿Si me acuerdo? Ya lo creo. Mis tiempos de oruga y crisálida, ¡qué horror! ¡Qué humillación tener que arrastrarse sobre la fría y húmeda tierra! ¡Qué sufrimiento sentirse encerrada en la cárcel de un vestido estrecho! En una palabra: el infierno de la juventud. Ahora, ¡qué feliz estoy! Al fin he llegado a ser yo misma. Éste es el tiempo de volar, de gozar, de amar. En una palabra: el paraíso de la vejez (76).

Mariana Frenk es esa mariposa cuya sabiduría no surge sólo de su inteligencia, la inteligencia no da para tanto, sino de su relación íntima con el tiempo, ese tiempo a la que nuestras sociedades nos han obligado a mirar con temor, a defendernos a toda costa de su transcurso y de su violento atravesar nuestros cuerpos. Kafka prefería la posición horizontal para él y sus personajes: ésta les permitía escapar —decía— del yugo del poder, al tiempo que sólo desde ahí podía admirarse tranquilamente el cielo y las estrellas. Mariana se ha dejado atravesar por los años, ha ocupado el espacio del horizonte alojando al tiempo como en su casa, impidiéndole de esta manera, paradójicamente, someterla a su decurso. Su trato familiar con los meses, los años y los días le permiten seguir contemplando las

estrellas, desde sus *aphorismos* que no son sino lo que su etimología dice: límites, al igual que el *horizo*, el horizonte, desde donde contempla el mundo, limita y encuadra lo que vemos. Horizontal es su espacio vital en la medida en que se deja recorrer y penetrar por sus propios límites, por esos aforismos que le dan vuelta al tiempo, a la soledad, a los espejos que le devuelven imágenes a veces fracturadas y asimétricas con respecto a la mujer que se mira.

Los espejos son esos objetos crueles que nos muestran los efectos del tiempo, pero basta mirarse en ellos como lo hace Mariana para que éstos se conviertan en aliados, en formas capaces de acompañarnos en la travesía por la vida, basta, como digo, aprender a alejarse un poco de ellos, mirarse con ese sentido del humor, pero también con ese amor que se desprende de cada uno de sus aforismos, para hacer de ellos el lugar donde el alma se encuentra consigo misma en esa especie de paz a la que Mariana llama felicidad, felicidad hecha, como ella misma escribe, de pequeñas renunciaciones. Sólo aprendiendo a renunciar se llega a encontrar en ese espejo, obsesivamente presente en su escritura, la armonía y el sosiego, sólo amando aquello que está más allá de la superficie, se llega al amor por ese otro que somos nosotros mismos. “Esta mañana me miré al espejo. La persona del espejo de pronto me pareció tan simpática, tan cerca de mí, que de pronto sentí un vehemente deseo de abrazarla. Sin reflexionar, entré en el espejo tan rápidamente que aquélla no tuvo tiempo de retirarse. Nos abrazamos y nos dimos dos besos, uno en cada mejilla y, tan rápidamente como había entrado, salí. A la otra la vi en su lugar, sonriendo como yo” (107). Y es esa sonrisa, a la que la autora nos invita en su prólogo, la que nos acompaña a lo largo de todo el libro. Pero no se trata de ese sonreír de quien encuentra la vida fácil y ligera, sino de otro tipo de sonrisa, que surge de una actitud amable y generosa, pero por sobre todo, de una posición crítica frente al mundo. En cada uno de sus aforismos encontra-

mos esta agudeza crítica, esta fina burla del mundo de las apariencias en que hemos aprendido a luchar ferozmente contra el tiempo y sus efectos. Mariana ha adquirido un saber que no se encuentra sólo en los libros, se trata de un saber excepcional de la experiencia, que quizás su paso por tres siglos le ha dado. Sabe que de nada sirve adoptar la posición vertical frente al tiempo, como Kafka, se sabe mucho más vulnerable en esta lucha frontal y prefiere, de nuevo, la perspectiva del horizonte. Sólo desde ésta es posible hacerle frente al tiempo, sin desgastarse, sin sucumbir a él en el intento.

Pero hay algo más que esa fina burla del mundo en sus mil aventuras por la escritura, hay esa capacidad de distanciarse de sí misma para volcar su humor sobre su propia vida, sobre su propia muerte. “Desde hace mucho tengo una colección de primeras veces. Ya no aumenta tan rápidamente como antes, pero sí, sigue creciendo. Es obvio que la ficha de la última pieza que va a entrar no la podré hacer yo misma”. La narradora sabe que la única forma de salir airosa de esta conflictiva relación con el tiempo, que es por otra parte la vida, es aprender a burlarse de sí misma, ir en este sentido, sí a contracorriente de la mayor parte de esa especie de género llamado “escritor”, restándole toda solemnidad al acto de escribir, jugueteando así con la experiencia y con el mundo maravilloso de las palabras. Es esta actitud antiolemne la que hace de su lectura el espacio y el tiempo de una experiencia única, que recuerda en buena medida la función del narrador de la que hablaba Walter Benjamin. Según Benjamin, el arte de la narración estaba llegando a su fin. “Diríase, escribe, que una facultad que nos pareciera inalienable, la más segura entre las seguras, nos está siendo retirada: la facultad de intercambiar experiencias” (112). Las mil aventuras de Mariana bien podrían contarse entre las escasas excepciones: sus aforismos nos transmiten su experiencia vivida y, en este sentido, todos ellos tienen algo que enseñar a quien lee. “En todos los casos, el que narra es un hombre que tiene consejos para el que

escucha. Y aunque el “saber consejo” nos suene pasado de moda, eso se debe a la circunstancia de una menguante comunicabilidad de la experiencia”, insiste Benjamin. Esto no nos sucede cuando leemos a Mariana Frenk, ¿será acaso que su agudeza y sensibilidad narrativas le vienen de muy lejos, de un inicio de siglo donde comunicar tenía que ver aún con la transmisión de experiencias y no con la tarea de informar? ¿Será su obra un ejemplar de una especie en extinción? Y si lo fuera, he aquí este libro para enseñarnos de nuevo lo que significa internarse en el mundo de la narración. “El narrador, termina diciendo Benjamin, es admitido junto al maestro y al sabio. Y ello porque le está dado recurrir a toda una vida. (Por lo demás, una vida que no sólo incorpora la propia experiencia sino, en no pequeña medida, también la ajena. En el narrador, lo sabido de oídas se acompaña junto a lo más suyo). Su talento es de poder narrar su vida y su dignidad: la totalidad de su vida (134). Y es esa la dignidad del sabio, la dignidad de la escritura de Mariana Frenk. Por esto, decía yo al inicio que la inteligencia de la mariposa no era suficiente, había algo más del orden de la sabiduría, de este saber al que se refiere el filósofo alemán, en la escritura de esta narradora. Pero hay también, en sus cuentos y aforismos, en particular en su cuento “La institución”, un aire de familia con los escritores alemanes que he citado aquí. Es cierto que la presencia de un México en el que ha pasado la mayor parte de su vida se refleja en su obra, pero es indiscutible el trasfondo profundo de sus virtudes narrativas, de sus fuentes quizá de infancia. En sus cuentos se respira el aire familiar de las instituciones descritas por Robert Walzer, el sarcasmo agudo de Kafka y la nostalgia narrativa de un Benjamin. Aunque en ella, la sonrisa siempre presente desdibuje su pasado y muestre algo que quizá ella misma ha aprendido del México que la acogió. “Hay muchas y muy diversas maneras de expresar sufrimiento. La más elegante, en México muy común, es sonreír” (101).

Con todo, lo que queda de sus mil aventuras, es ese placer y ese oír consejo de quien a través de una escritura límpida pero rigurosa logra transmitirnos su experiencia de vida y hacernos entrar en el universo, en nuestra sociedad tabú, de la vejez, con la frescura y vivacidad de quien entra en una fiesta. “Acepta a la vejez como otra aventura que te brinda la vida y gózala con el espíritu aventurero de tu juventud y con la sonriente sabiduría que te han regalado tus muchos años”. Gracias Mariana.

ESTHER COHEN